

BENJAMÍN CARRIÓN

Meditación sobre Gabriela Mistral

*Yo no tengo otro oficio,
después del callado de amarte,
que este oficio de lágrimas, duro,
que tú me dejaste.*

.....
.....
*El muerto manda caminar
hacia su tálamo de huesos.*

GABRIELA MISTRAL

DESDE el sur, uva y manzana, desde Chile, donde la tierra ofrece, sencilla y clara, la materia de los símbolos dulces —la manzana, el pecado de amor y de castigo, la uva y el vino para el milagro alegre de las bodas de Caná—; desde Chile nos llega una voz dolorida y tremenda, voz ronca y desolada en la que, sin ningún pudor eufemista para el grito dolorido, se dice a los vientos y a Dios, el cuento del doliente amor, casi alegrado y desde luego purificado por la muerte.

Acostumbrados estábamos al dolor melódico y cesurado de los modernistas que —con la formidable excepción de Rubén Darío de *Lo fatal*, *La cartuja* y *La canción de otoño*— habían seguido principalmente al maestro de Nicaragua en lo de los cisnes, trianones y princesas; acostumbrados estábamos al modernismo que, a pesar de elevar a sus altares al más grande lírico de la época contemporánea de Francia, Baudelaire, seguía de preferencia el consejo verliano de poner sordina al dolor y cantar todas las cosas en el tono menor de los violines. De Chile mismo, que no tuvo un representante de primera línea en los cenáculos modernistas, y que hasta entonces —¡qué terribles mentiras se hacen clisés literarios!— era sólo un país de historiadores; de Chile mismo, sólo nos estaba llegando la voz fina de Francisco Contreras o de Armando Donoso.

Aún, desde México o París, Amado Nervo, que por aquella época era el ídolo de Gabriela:

*“Amado Nervo, suave perfil, labio sonriente;
Amado Nervo, estrofa y corazón en paz:
mientras te escribo tienes losa sobre la frente,*

.....
.....
*De donde tú cantabas se me levantó el día.
Cien noches con tu verso yo me he dormido
len paz”.*

Aún Amado Nervo ensordinó la voz para cantar su canto llano, su canto de amor de hombre dolorido al que sólo interesa su dolor de amor, y poco le importan las catástrofes humanas.

Esta voz que nos llega desde el sur de uva y manzana, es una voz de trascendental desolación. Con un acento nuevo entre las voces coetáneas. Acento que viene desde lejos, traído por los vientos lejanos de las praderas bíblicas, con la recia y encarnizada amargura de Job o Jeremías: “*Por lo que yo no detendré mis palabras, hablaré en la angustia de mi espíritu: conversaré con amargura de mi alma*”. Y ese “*Confabulabor cum amaritudine animae meae*”, será la tónica de esta doliente voz. Y durante algún tiempo, según el mandato de Job, “conversará con amargura de su alma”.

Es Gabriela Mistral y su voz. “En la angustia de su espíritu, con la amargura de su alma”, la queja dura, recia, tremenda, de este nuevo Job que como el otro, podría decir también: “*Esto he sufrido sin maldad de mis manos, cuando ofrecía a Dios limpios mis ruegos*”. (Job, XXXXVI-18) o asegurar aquello, excelso como las más grandes voces del hombre: “*En verdad a mí me ha sido dicha una palabra escondida...*” (Job-IV-12). Gabriela ha recibido también ese “*Verbum absconditum*”, esa palabra

secreta que permite decir las terribles cosas del amor, del dolor y de la muerte. Transidas de una tan aceda y cruel desnudez angustiosa, a la que, francamente, nos habíamos desacostumbrado.

Los primeros acentos de esa voz, que luego cantará en otros tonos, fueron *Los sonetos de la muerte*.

Traían su anécdota: un concurso literario, al que hace una amable alusión Alone, en su juicio —el primero que se conociera— sobre las obras iniciales de Gabriela. En verdad, somos muchos los que desconfiamos un poco de las consagraciones surgidas de los concursos y premios literarios. Así lo hemos dicho varias veces. Pero también hemos de confesarlo: a ellos les debemos muchas de las grandes revelaciones de la historia de las letras del mundo. Hay un poco de vanidad justificable en quienes se oponen al discernimiento de calidades artísticas por medio de votos tomados por tribunales, jurados, academias. Pero es la verdad, la pura y neta, que a los concursos y a los premios —cuando la humanidad era niña y limpia y pura de vanidades— les debemos las tragedias de Esquilo, de Sófocles, de Eurípides. Los tres genios de la hora genial del espíritu humano, acudieron gozosamente, humildemente, a los concursos. Y si el autor de *La orestíada* ganó trece premios habiendo concurrido con cuarenta tragedias; si Sófocles casi siempre salió triunfador, en cambio el autor de *Medea*, el trágico más cercano a la verdad del hombre, con frecuencia fué derrotado en los juegos de la inteligencia. Y saltando siglos, con las botas de siete leguas de la memoria, nos encontramos también en los tiempos modernos, con ese acierto magnífico de la Academia Goncourt, al llamar la atención de las gentes sobre una cosa bella sin linderos, que es *A la sombra de las muchachas en flor*, de Marcel Proust.

En el caso de Gabriela, los premios literarios marcan hitos esenciales de su tránsito por la vida y la literatura: el concurso santiaguino que aflora *Los sonetos de la muerte* y el nombre de *Gabriela Mistral* —de la maestra rural que, en los registros del escalafón docente, es Lucila Godoy—; y el Premio Nobel de Literatura, año 1945, que consagra mundialmente una obra y una vida diri-

gidas permanentemente al ideal y concede partida de existencia, expedida por la Academia Sueca, a la literatura hispanoamericana, mal conocida y, generalmente, mal juzgada.

Alone, maestro de crítica en América, señala el caso: a malquerer, para que no se “agüe” la fiesta provenzal y mistraliana de los Juegos Florales, se premian en Santiago estos versos amargos y duros —duros de sentir y de leer— y recuerda el caso de un premio concedido a Edgar Poe por la buena letra con que se hallaba escrito su poema. Buena compañía, en verdad, y recuerdo bien traído. En el norte, la alucinación genial, unida a la genial lucidez del cantor de Ligeia y, sobre todo, del creador de ese máximo derivativo de la humanidad, la novela policial; en el sur, la viscera y el hueso humanos, la carne y el espíritu, llagados letalmente por el dolor. De aquellos dolores que según el decir tremendo de Vallejo:

*“Hay golpes en la vida tan fuertes, yo no sé!
Golpes como del odio de Dios...”*

Y en la anécdota del concurso literario, del premio concedido a malquerer, se une la triste poesía de la pobreza: la autora, esa maestrilla rural, inmensamente desconocida, pero de la que ya empezaba a hacerse habiella para el bien y para el mal, no pudo asistir a la festividad entre cursilona y cortesana de su triunfo en los Juegos Florales, ni leer ella misma sus versos “porque no tenía cómo hacerlo en forma digna”, dice con eufemismo Alone; porque la mujercita pobre del pueblo, estaba muy mal vestida. ¡Vestida mal y malcomida como las maestras de escuela!

Ya está producido el lanzamiento público. Ya las uñas y los dientes de la envidia, se afilan en corrillos de estas capitales nuestras que, desgraciadamente, quieren inscribir entre sus excelencias, la de ciudades chistosas. Pero, y esto es lo tonificante, también las buenas voces de la verdad sana, de la crítica justa, se hacen oír de cuando en cuando. Y desde fuera —ese desde fuera que sirve para justificar las palabras evangélicas: “No hay profeta sin honra sino en su patria y en su casa”—, empieza a lle-

gar el reconocimiento de los méritos. Desde afuera y desde los otros pueblos, donde se siente y se quiere con esa intensidad sin bridas que revelan *Los sonetos de la muerte*.

... Y EL AMOR ES HERMANO DE LA MUERTE

*Fratello, a un tempo stesso,
amor e morte
ingenero la sorte.*

GIACOMO LEOPARDI

El "amo amor" llega a la vida de Gabriela, como el anunciador de redenciones y de crucifixiones —para redimir hay que amar y hay que morir— y la toca con su gracia letal y vital a la vez. Y quien nace en ella es el poeta.

He de llamar poeta a Gabriela, y a Delmira Agustini, y a María Eugenia Vaz Ferreira y a Juana de Ibarborou. No he de llamarlas poetisas. No sé qué rara impresión peyorativa, disminuyente, tiene esta palabra en femenino. Así como la palabra "patria", se hace acaso más decidora cuando, al seguir el consejo de Unamuno la llamamos "matria"; en cambio, la palabra poeta se achica, se acursila, se hace *huachafa*, —palabra peruana insustituible— cuando se la usa en femenino: poetisa. Una muchacha admirable, Ana Enriqueta Terán, que es un gran poeta, se indigna cálidamente, cuando alguien se atreve a llamarla poetisa. Gabriela Mistral acaso se indigna también —no lo sabría afirmar— pero ella lo haría también si se la llama poeta. Porque ella es en verdad poeta en grande, pero su categoría actual es la de vate, vaticinador, augur, alertador de cosas, Gabriela que anuncia encarnaciones y Casandra que previene de tragedias a esta hija grandota que ha parido su alma: América.

Bueno. El "amo amor" ha llegado, decíamos, en la vida de Gabriela. Y ella lo ha conformado a su imagen y semejanza. Lo ha hecho dulce y tremendo a la vez. Lo ha hecho puro y maternal. Y todos los misterios se han cernido, haciéndolo claro y trágico, transido de muerte y de fecundidad al propio tiempo. Y por eso, el albor de la poesía de Ga-

briela es dolorido y bueno. Y empieza a asomar la "madre niña", la maestra de poesía y amor que es la autora de *Poemas de las madres*, obra de encarnación y de milagro, algo como el premio de los estigmas concedidos por el Cristo a su hermano más amado, Francisco de Asís. Son los estigmas de la vida, los sagrados estigmas de la colaboración en la obra eterna y sagrada de la Especie: los estigmas de la maternidad. Y la mujer que un día, en el fervor de su pasión había reclamado.

*¡Un hijo, un hijo, un hijo! Yo quise un hijo
[tuyo
y mío, allá en los días del éxtasis ardiente,
en los que hasta mis huesos temblaron de tu
[arrullo
y un ancho resplandor creció sobre mi frente.*

y que luego, en el paroxismo del dolor, después del desgarramiento de su ilusional ambición de mujer bien mujer, gritó estos anatemas, dignos del libro de Job:

*Y el horror de que un día, con la boca que
[mante
de rencor me dijera lo que dije a mi padre:
"¿Por qué ha sido fecunda tu carne sollozante
y se henchieron de néctar los pechos de mi
[madre?"*

*¡Bendito pecho mío en que a mis gentes hundo
y bendito mi vientre en que mi raza muere!
¡La cara de mi madre ya no irá por el mundo
ni su voz sobre el viento, trocada en miserere!*

Esa misma mujer del éxtasis del amor fecundo y el ansia de ser madre; esa misma mujer que es capaz de la potencia medio arcangélica y medio profética del anatema —profética a lo Job o Jeremías—; esa misma mujer es la que, hecha toda dulzura, "apacentó los hijos ajenos", no sin antes lanzar el lamento dolido de su estirpe, trizada, cortada a cercén por su voluntaria renuncia:

*Mis pobres muertos miran el sol y los po-
[nientes
con un ansia tremenda, porque ya en mí se
[ciegan.
Se me cansan los labios de las preces fer-
[vientes
que antes que yo enmudezca por mi canción
[entregan.*

Es como el hallazgo de la madre que hacen las religiones. Es como la maternidad postpauliana que, según Unamuno,

se buscó el cristianismo, para poder ser la religión del Hijo. Porque el signo de la *filiabilidad* es incompleto e inconcluso, no se comprende y, sobre todo, no se siente, si no va acoplado al signo de la maternidad. Porque este signo es de vida, fundamentalmente, pero es signo de dolor al propio tiempo. En la obra de la generación animal, y más colmado de angustia dolorosa en la generación humana, la parte del dolor está cargada únicamente a la cuenta de la madre. La parte del padre, es solamente el deliquio connubial de la fecundación; el orgasmo placentero de la posesión engendradora. Y terminada la cópula, el olvido, la tristeza. (Romanos-VIII-22).

El cristianismo, frente al mosaísmo, fué eso: la sustitución del Padre por el Hijo. La sustitución de los grandes engendramientos de ley y de doctrina, con símbolos masculinos, fálicos como el fuego del Sinaí en la zarza incendiada y los truenos y relámpagos de todas las horas de Moisés. Pero el Hijo necesitaba la Madre como atributo de ternura, de fecundidad, símbolos de matriz, de virtudes de sensibilidad antes que de reflexión: la resignación, la renuncia de los caminos anchos para tomar "la puerta estrecha"; el perdón de las injurias, el "mirad los lirios del valle", invitación a la contemplación y no a la acción, el enseñar la otra mejilla cuando se ha recibido una bofetada, el amar a los enemigos... Virtudes todas más que femeninas —el amor de hombre engendró a Medea, la asesina de sus hijos, y el amor del poder engendró a Macbeth, la asesina de su rey y su huésped— maternas. Todas las religiones, todas las leyendas de origen de razas y naciones, tienen por allí su madre, cuando poseen un contenido de ternura y bondad. Aquellas que necesitan para su nacimiento un bautismo de sangre, ponen generalmente en su dintel un amor de macho a hembra o, sobre todo, un amor de poder. Así el origen del incario, con la leyenda de El *clavo de oro*, y sus héroes Manco-Cápac y Mama-Oello. Así la Leyenda del Cid, con amor y perfidia, orgullo y odio, valor y muerte. O la Leyenda de Roldán o la de El Anillo de los Nibelungos.

Madre necesitaba la Leyenda del Hijo, que es la creencia del cristianismo. Dura era la Ley. Las reglas de la Tora eran

inmisericordes. El Padre era un dios colérico, legalista, virtuoso. La Leyenda del Padre —que es la creencia del mosaísmo— no necesitaba mujer, no precisaba de maternidades ablandadoras del implacable cumplimiento de "lo que estaba escrito". Y, cuando Jehová pensó que era necesaria al hombre una compañera para la reproducción de esta especie privilegiada —como la tenían el escorpión y la culebra, el tigre y el burro, todos los demás animales—, no quiso darle atributos de dulzura ni inventó esto que tanto hacía rabiar a San Pablo: *fémica*, mujer. Jehová la llamó Varona, al decir a Adán: "*Hoc nunc, os ex ossibus meis, et caro de carne mea: hec vocabitur Virago, quoniam de viro sumpta est*". — Esto ahora es hueso de mis huesos y carne de mi carne y será llamada Varona, porque del varón fué tomada". (Génesis-II-23).

La leyenda mosaica, terrible entre todas las leyendas originarias de religiones y de pueblos, pone en el frontis el gran acertijo, la terrible adivinanza, el mandato infantil y cruel a la vez que nos recuerda, en el orden de lo sensorial, lo que la leyenda de la Esfinge entre los griegos, en el orden de lo intelectual. Prohibición de comer, en la leyenda bíblica; invitación a comprender, en la leyenda helena. Ese mandato al hombre y a la mujer desnudos, pero que no lo sabían, de no comer la bella y fatídica manzana... Y, como al propio tiempo, "lo que estaba escrito", mandaba "crecer y multiplicarse" a la pareja humana, se engendra el "pecado original", ineludible y necesario. El pecado por el cual Jehová se indigna con la mujer y la serpiente, como actores y autores del gran crimen y se enoja moderadamente con el hombre, al cual solamente asigna un papel secundario, una complicidad relativa... Por ello, lá maldición a la serpiente es casi tan terrible como la de la mujer cuando le dice "maldita eres entre todos los animales y bestias de la tierra; sobre tu pecho te arrastrarás y comerás tierra todos los días de tu vida". (Génesis-III-14).

Cuando Jehová maldijo a la mujer que sedujera al varón, a la varona que él mismo formara, aprovechándose de una hora de sueño y descuido, de una costilla de Adán; cuando el Jehová mosaico cas-

tiga a la mujer de la manzana y la serpiente, lo que castiga es a la madre futura, a la paridora de hijos, a la sustentadora y propagadora de la especie humana. Entonces, sus palabras son terribles, como producto del "odio de Dios", según la dura palabra de Vallejo:

"Multiplicaré tus dolores y tus preñeces; parirás los hijos con dolor, y estarás bajo la potestad de tu marido, y él tendrá dominio sobre ti". (Génesis-III-16).

La maldición del Padre, según la Tora, debía ser redimida por el sacrificio del Hijo. El Padre, cruel, sin piedad sólo podía ser ablandado por la sangre, el tormento, la muerte del Hijo. Y este Hijo necesitaba una Madre, para ser asistido, para poder ser plenamente Hijo, y para que en él se justifique la actitud de misericordia y de bondad. Así se explica este pasaje de Unamuno en *La agonía del cristianismo*: "Sin embargo, la Virgen Madre, de la cual el viril Apóstol de los Gentiles no habla jamás, claro está, no nació de una costilla del Cristo, sino éste, el Cristo, nació de una mujer". El texto del verso de San Pablo, en su *Epístola a los Gálatas* es como sigue: "Cuando vino la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, hecho de mujer, hecho bajo la Ley". (Pablo-Gálatas-IV-4).

Pablo de Tarso, el hombre que no conoció mujer, fundó el cristianismo como Iglesia, como religión con sentido universal, católico. El no nombra jamás a la Virgen María, a la Madre del Cristo, sino con ese aspecto amplio de sujeción y de respeto a la Ley, que era conveniente y necesario para no romper con los demás jerarcas judíos, guardadores emotivos del recuerdo de Jesús, el de Nazareth. Consintió a regañadientes, en esta necesidad del Nuevo Testamento, para la reforma de la Tora; pero siguió el Apóstol alejado de mujer, de la Mujer y de la Madre. Parece como si, por evitar el pecado, prefiriera la extinción de la Especie que el Padre creara y el Hijo redimiera: "Alégrate, la estéril que no pares; esfuérzate y da voces, la que no estás de parto; porque son muchos más los hijos de la no casada que de aquella que tiene marido". (Pablo-Gálatas-IV-27).

Pero el amor, la mujer, la maternidad, fueron santificados por la Nueva Ley. Según lo observa San Miguel de Unamuno: "el cuarto Evangelio, el que al-

guien llamaría el Evangelio femenino, nos cuenta que la primera persona a quien se apareció el Cristo resucitado fué una mujer, María Magdalena, y no un hombre". En efecto, según San Juan, Capítulo XX, versículos 15 y siguientes, se relata el milagro maravilloso, el dulce y pequeño milagro de amor: María Magdalena, la inconsolable por el suplicio y muerte del amado Rabí, es la primera que ve al divino hortelano y, transida de todos los amores, se echa a llorar inconsolablemente, al contemplar vacío el sepulcro que encerraba el adorado cuerpo. "Mujer, ¿por qué lloras? ¿a quién buscas?", le dice una voz eterna, entrañada y amorosamente conocida y luego, la sola palabra grande y tierna: "María"; a lo que ella responde —en el éxtasis del conocimiento y la transfiguración: "Maestro", y se lanza a abrazarlo, los ojos esclarecidos de lágrimas, el inmenso cabello hasta los pies, la boca enmudecida ya para el decir amoroso y convertida en fuente inagotable de besos: "No me toques", "Noli me tangere".

... COMO LA RAMA CON FRUTO

*Toda la noche he padecido, toda la noche
se ha estremecido mi carne para entregar su*
Idon.

*Hay el sudor de muerte sobre mis sienes;
pero no es la muerte, que es la vida!*

.....
*Nazca pronto, y mi grito de dolor suba
en el amanecer como el canto de los pájaros!*

GABRIELA MISTRAL

He aquí, en verdad, Santa Gabriela Mistral. Ha conseguido, como San Francisco, el milagroso privilegio del "Estigma". Como aquel "hombre sin letras", "pobrecito de Dios", Gabriela ha sido signada con el divino anatema y ha podido cambiarse, sentirse como madre, en el dolor de la maldición paradical, en el júbilo de la vida que sigue.

Ese 14 de septiembre de 1224, Francisco oraba solo en el interior de la "porcioncita de tierra" —la *porciuncola*— que necesitaba para arrodillarse y dirigirse al Cristo. Ya había podido realizar

la gran comunión con la naturaleza, ya había recibido el don de hablar, animalito dulce, con los otros animales, la hermana culebra y el hermano burro, el hermano lobo y el hermano canario. Y el don de hablar también con la hermana piedra y la hermana sangre, el hermano viento y la hermana agua... Y había el don maravilloso y puro de la dulce alegría, porque, según lo dice en las *Fioretti*, "la tristeza es la enfermedad de Babilonia" y la "Alegría como un surtidor salta de la pureza del corazón". Y el milagro se cumplió: *"En sus manos y en sus pies comenzaron a aparecer las llagas de los clavos iguales a las que él estaba viendo en el Hombre Crucificado que se encontraba frente a él, y en el costado de Francisco, que se hubiera dicho herido de un lanzazo, se había formado igualmente una llaga que, (después) sangraba a menudo, hasta el extremo que su túnica y sus sandalias llegaban a mojarse de esa sangre sagrada"*, según afirma uno de sus hermanos, biógrafo del Poverello, Thomas de Celano.

El sagrado estigma de Gabriela fué el de la maternidad de los hijos de los otros. Pero es tan encarnado, jubiloso y doloroso a la vez el paso por la maternidad carnal, contado por Gabriela en sus *Poemas de las Madres*, que solamente el milagro de la transubstanciación, pudo dar logros de hondura y ternura como éste:

"Por el niño dormido que llevo, mi paso se ha vuelto sigiloso. Y es religioso todo mi corazón desde que llevo el misterio".

"Mi voz es suave como por una sordina de amor, y es que temo despertarlo".

"Esposo, no me estreches. Lo hiciste subir desde el fondo de mi ser como el lirio de aguas. Déjame ser como un agua en reposo".

Y luego, después de la noche dolorosa y divina del milagro del alumbramiento:

"Dicen que la vida ha menguado en mi cuerpo, que mis venas se vertieron como los lagares: yo sólo siento el alivio del pecho después de un gran suspiro!"

"—¿Quién soy yo, me digo, para tener un hijo en las rodillas?"

"Y yo misma me respondo:

"—Una que amó, y cuyo amor pidió, al recibir el beso, la eternidad".

MADRE DE TODOS LOS NIÑOS DEL MUNDO

"La santidad de la vida comienza en la maternidad".

GABRIELA MISTRAL

La maldad letal de la calumnia clavó sus uñas en la vida y la reputación de la maestra rural que, sin tener hijos, fingía la cópula, la preñez, los dolores del parto, sin pudor alguno, sin respeto para las "gentes decentes". Esas gentes decentes que son capaces de las más ruines inmundicias en secreto, en alcobas de adulterio o lenocinio. Esas gentes decentes que, con el fin de ocultar sus obras de lascivia, van donde la comadrona criminal, el médico digno de presidio, para que cometa el asesinato del niño engendrado mediante el engaño o en momentos de alcohólica lujuria: gente decente que, protegida por el delito, conserva su reputación en salones, en hogares, en eso hipócrita y repugnante que se llama "el gran mundo", las "gentes bien".

La calumnia de los "bienpensantes", pero generalmente "malobrantes", desgarró con sus garfios filudos la sensibilidad de esta maestra rural que era un gran poeta, un espíritu cristalino, de sencillas y rudas transparencias de agua clara. Gentes naturalmente incapaces de entender la transmutación milagrosa que la gracia —esto sí es la gracia de la bondad y la ternura— había operado en la entraña consubstancialmente maternal de Lucila Godoy, condenaron, en nombre de la "castidad" los *Poemas de las madres* de Gabriela. Eso que llaman castidad y virtud y que son incapaces, por hipocresía y perversión, de recordar que la fuente de su propia vida, como la fuente de la vida de Cristo, es esa cosa noble y pura, grande, que es la gestación, el alumbramiento, la maternidad en fin. Pero, en este momento supremo del descendimiento del "ángel", al espíritu de Gabriela Mistral, sólo sus propias palabras pueden transportarnos a la hora nazarena de su transfiguración. Oigámosla:

"Una tarde, paseando por una calle miserable de Temuco, vi a una mujer del pueblo, sentada a la puerta de su rancho. Estaba próxima a la maternidad, y su rostro revelaba una profunda amargura."

"Pasó delante de ella un hombre y le dijo una frase brutal, que la hizo enrojecer.

"Yo sentí en ese momento toda la solidaridad del sexo, la infinita piedad de la mujer para la mujer, y me alejé pensando:

"—Es una de nosotras quien debe decir (ya que los hombres no lo han dicho) la santidad de este estado doloroso y divino. Si la misión del arte es embellecerlo todo, en una inmensa misericordia, ¿por qué no hemos purificado, a los ojos de los impuros, ESTO?

"Y escribí los poemas que preceden, con intención casi religiosa.

"Algunas de esas mujeres que para ser castas necesitan cerrar los ojos sobre la realidad cruel pero fatal, hicieron de estos poemas un comentario ruin, que me entristeció por ellas mismas. Hasta me insinuaron que los eliminase de un libro.

"En esta obra egotista empequeñecida a mis propios ojos por ese egotismo, tales prosas humanas tal vez sean lo único en que se canta la vida total. ¿Había de eliminarlas?

¡No! Aquí quedan, dedicadas a las mujeres capaces de ver que la santidad de la vida comienza en la maternidad, la cual es, por lo tanto, sagrada. Sientan ellas la honda ternura con que una mujer que apacienta por la tierra los hijos ajenos, mira a las madres de todos los niños del mundo!"

LA BUENA PASTORA

"Sinite parvulus venire ad me"

Marcos. — X. — 14

¿Una mujer que apacienta por la tierra los hijos ajenos? He allí la segunda gracia, la segunda transubstanciación. Primero, el estigma de la maternidad verdadera, el privilegio de sentir el amor y la esperanza, el dolor y el júbilo del alumbramiento: ser madre en la carne y el espíritu. Saber expresar, como nadie, el milagro eterno.

El segundo estigma maravilloso: ser la buena pastora, la apacentadora de los corderillos de Dios, de los hijos ajenos. Ser la maestra. La mujercita dulce y amorosa, que había "recibido veinte ve-

ranos la luz sobre ella", ha sido golpeada por "dolor de amor". Entabla su recio y seco diálogo con Dios y con la muerte. Pide, reclama y exige.

"Padre nuestro, que estás en los cielos, por qué te has olvidado de mí!"

Y a pesar de que según ella,

"Los huesos de los muertos pueden más que la carne de los vivos".

realiza un nuevo pacto de la vida, con la vida de los otros y, en un arrebatado de renunciamiento a lo suyo, a lo íntimo; con una desgarradura de la ilusión juvenil, que pide dones terrenales, *nourritures terrestres*, se compromete en el voto supremo, sin congregación, sin monaquismo, sin órdenes religiosas: el voto supremo de apacentar los hijos de los hombres.

Dios, el Padre, ¿se había olvidado de ella? Ante el reclamo urgido, le responde: "Lo único que te he dejado es una lámpara para tu noche. Las otras se apresuraron y se han ido con el amor y el placer". Y más lejos: "Si enseñas a los hijos de los hombres, enseñarás a su claridad, y tu lección tendrá una dulzura desconocida". Así, con este tono —y este valor— de versículo bíblico, se instituye el magisterio de Gabriela, como cuando a Pedro le dijera Cristo: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia... Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos..." (Mateo, XVI, 18, 19). Y desde ese momento, el poeta, el gran poeta que es Gabriela, resuelve hacer un alto en el camino, un alto de paz y de serenidad, para reemprender la marcha de alegría con niños y, limpia y clara de luz de agua, cumplir con el milagro de su segunda transubstanciación:

*Mudemos ya por el verso sonriente
aquel listado de sangre con hiel*

*Ahora no sólo comprendo al que reza;
ahora comprendo al que rompe a cantar.*

*No hay nada ya que mis carnes taladre.
Con el amor acabóse el hervir.*

Por eso, al final de *Desolación*, su primer libro —publicado como todos los de Gabriela por solícita actividad de sus

amigos— ella consigna su voto esperanzado, en el que pide perdón por haber sufrido y haber entregado a los hombres, como Job, el secreto de su dolor:

VOTO

“Dios me perdone este libro amargo y los hombres que sienten la vida con dulzura me lo perdonen también.

“En estos cien poemas queda sangrando un pasado doloroso, en el cual la canción se ensangrentó para aliviarme. Lo dejo tras de mí como a la hondonada sombría, y por laderas más clementes, subo hacia las mesetas espirituales donde una ancha luz caerá sobre mis días. Yo cantaré desde ellas las palabras de la esperanza, cantaré, como lo quiso un misericordioso para “consolar a los hombres”.

EL VERSO PERFECTO

“Alcance a hacer de una de mis niñas mi verso perfecto y a dejar en ella clavada mi más penetrante melodía, para cuando mis labios no canten más”.

GABRIELA MISTRAL

Ya el poema no tendrá sabor de cal y huesos —aunque el Eclesiastés ronde al gran poeta con su desolación—; el poema será desde esa hora grande de una vida inmolada, arrullador, con alas color de amor y música; el poema será canción de cuna,

*“Duerme, duerme, niño mío,
sin zozobra, sin temor,
aunque no se duerma mi alma,
aunque no descansa yo”.*

Y para hacer el “verso perfecto”, lo hará del material de la alegría, del júbilo sano y niño, con la harina de los panes candeales, con sabor de manzana, con ritmo saltarín y al propio tiempo cadencioso de las rondas.

*“Todo el valle está danzando
en un corro bajo el sol,
y a quien falta se le vuelve
de ceniza el corazón”.*

Eso, sí, de ceniza. Como se le hiciera por tiempos, en la hora dura del “dolor de amor”, a la propia Gabriela. Y esa

ceniza, eso de volverse “de ceniza el corazón”, es lo que, en los grandes desilusionados, conduce al monacato, a la cartuja, al convento. Conduce a la renuncia, a la diatriba contra los hombres, a la blasfemia contra Dios. A encontrar que “nada hay nuevo bajo el sol” o que todo es “vanidad de vanidades”, como aquel Rey de Israel que edificó casas y plantó viñas, hizo huertos y vergeles, sembró manzanos y fabricó albercas para regar los árboles plantados, poseyó siervos y concubinas, rebaños de ovejas y bueyes, más que todos los que fueron antes que él en Jerusalén; que amontonó plata y oro y los tesoros de los reyes y de las provincias, escogió bellas mujeres que le arrullen el dormir cantando, tuvo jarros de plata y oro para el servicio de los vinos, y, después poseyó también las riquezas de la sabiduría, por la cual supo que las cosas son vanas y que la inteligencia se distingue de la necedad como la luz de las tinieblas... Y sobre todo, por la sabiduría llegó a comprender que era una la muerte del sabio y la muerte del necio, “por lo cual renunció en su corazón a afanarse debajo del sol”. (Salomón.-Eclesiastés, II-4 al 20, libre).

Eso de la ceniza, ese *memento homo*, que lleva a San Agustín, desde la vida crapulosa, hasta confesar públicamente su miseria, la triste miseria de la carne, él que había proclamado orgullosamente su *voluntatem carnis*. Eso de la ceniza que conduce a Carlos V, Emperador de Occidente, al retiro de Yuste. A Kempis, el “asceta yermo”, que enfermara y entristeciera a Amado Nervo, con su *Imitación* desolada y letal. A Marco Aurelio, el Emperador, que se lamenta de su “animula, vagula, blandula”. Y aquí, tan cerca, al gran Silva de los *Nocturnos* que

*“... desencantado de la vida,
Filósofo sutil,
A Leopardi leyó, y a Schopenhauer
Y en un rato de esplín,
Se curó para siempre con las cápsulas
De plomo de un fusil”.*

A nuestro Medardo Angel Silva, el muchachito guayaquileño que lanza, desde sus chiquilines dieciocho años, apóstrofes baudelerianos, rubricados trágicamente por una bala que le triza la vida:

*“Madre: la vida enferma y triste que me has
dado no vale los dolores que ha costado...”*

Esa ceniza, esos dolores que vuelven "de ceniza el corazón", condujeron al grande y niño poeta de Nicaragua, desde su embriaguez de cisnes y violines, de princesas y trianones, hasta ese otoño lánguido en que canta:

*"Cuando quiero llorar no lloro
y a veces lloro sin querer"*

y lo hace exclamar:

*"Ah! fuera de esos que Dios quería
y que Dios quiere cuando así le place,
dichosos ante el temeroso día
de losa fría y Requiescat in pace!*

*.....
Y quedar libre de maldad y engaño
y sentir una mano que me empuja
a la cueva que acoge al ermitaño,
o al silencio y la paz de la Cartuja!"*

A Gabriela, esa ceniza, eso de habersele por un tiempo vuelto "de ceniza el corazón", después del gran amor que engendró el gran dolor, no la lleva a la muerte de Safo, de Larra o de Silya; ni a la locura de Hoelderlin o de Rilke; ni a las Confesiones exasperadas del Obispo de Hipona. Menos aún a las lamentaciones de Lamartine, de Shelley o de nuestro Rubén Darío. A Gabriela, el camino del dolor, la "puerta estrecha", de la inmolación, la lleva a los paraísos del júbilo niño, la hace desembocar en la plácida bahía de la ronda infantil:

*Que mi dedito lo cogió una almeja,
y que la almeja se cayó en la arena
y que la arena se la tragó el mar.
Y que del mar la pescó un ballenero,
y que el ballenero llegó a Gibraltar,
y que en Gibraltar cantan pescadores:
"—novedad de tierra sacamos del mar,
novedad de un dedito de niña;
la que esté manca lo venga a buscar!"*

Y es que para Gabriela, la de esta *Tercera meditación*,

TODO ES RONDA

*Los astros son rondas de niños,
jugando la tierra a mirar...
Los trigos son talles de niñas,
jugando a ondular... a ondular...*

*Los ríos son rondas de niños,
jugando a encontrarse en el mar...
Las olas son rondas de niñas,
jugando a la Tierra a abrazar...*

todo es ronda de niños, verso perfecto, cánticos de júbilo puro, en que se agitan manecitas infantiles. Nos sentimos como en el ambiente maravilloso de Hans Christian Andersen, en la dulce y un poquito triste compañía del *Patito feo*, o en el clima ilusorio de "las treinta y seis mil voluntades", jugando con *Peter Pan*, el niño que —dulce y pequeño milagro— nunca llegará a ser hombre... Es, en la vida y la obra de Gabriela, la más dulce de las transfiguraciones: si por afán de maternidad sintió, como en la umbría de los sagrados estigmas, y en vez de las heridas del costado, de los pies y las manos, sintió todos los dolores y los júbilos del alumbramiento; así esta ocasión en vez de ir por el camino del inmenso dolor hacia la desesperación, Gabriela llega a las comarcas del gozo, con las pupilas aún no secas de la última lágrima, con un nudo constrictor en la garganta, por los últimos sollozos. Y así, entre risa y llanto, como lluvia de verano que está irisando el sol, Gabriela hace dación de su vida a la nueva faena: la faena del verso perfecto. La de hacer de los niños confiados a su mano y su voz guadoras, el mejor de sus versos.

Y allí, en las montañas y los valles de su Chile, en los patios de escuela, en las placitas pueblerinas, está anudada la ronda de los niños, porque para ella como para Jesús, después del gran dolor de su amor, sólo quien tuviere el alma niña, el alma de niño, el alma como la de los niños, tiene derecho a las bienaventuranzas, "así en la tierra como en el cielo". Amén.